

*La Paz
Como Práctica
de la Salud Integral*

LUIS WEINSTEIN



Ediciones
Tralcamahuida

**LA PAZ COMO PRÁCTICA
DE LA SALUD INTEGRAL**

© Luis Weinstein

Publicado en Isla Negra - El Quisco, Chile,
durante la primavera de 2014, por
Ediciones Tralcamahuida
ediciones.tralcamahuida@yahoo.cl

LUIS WEINSTEIN

LA PAZ COMO PRÁCTICA
DE LA SALUD INTEGRAL

INTRODUCCIÓN

Voy a intentar sintetizar, con el riesgo, asumido, de ser excesivamente esquemático. La pregunta que nos convoca se refiere a lo que podemos hacer con el fin de colaborar con la paz y desmilitarizar las conciencias. Esta pregunta, de alguna manera, se sustenta en otras previas. Para empezar, lo que parece muy obvio: ¿qué entendemos por paz?

Se nos ha dicho que no es la simple ausencia de guerra. Ello es real, los muertos no están en guerra, pero nosotros no estamos hablando de esa paz, la paz de los cementerios, de esa paz que anida en la falta de movimiento, de conflicto, de creación, de vida, de responsabilidad, de compromiso...

Hablábamos de la paz cotidiana y yo entiendo esa paz cotidiana como parte de un proceso, de un gran proceso colectivo por el cual la humanidad se va haciendo a sí misma, dificultosamente, a veces trágicamente. Con grandes riesgos, como ahora. Desde ese punto de vista, paz es creatividad, es creatividad colectiva, es creatividad en sinergia de personas, grupos y sociedades, creatividad social, salud integral.

Luego, debemos preguntarnos aunque parezca obvio, qué importancia, qué gravitación tiene el tema.

Finalmente, una pregunta que no debe confundirse con la anterior: ¿qué peso se le da desde el punto de vista ciudadano? ¿Qué prioridad tiene para las grandes mayorías, cómo se la asume en la vida cotidiana?

Creo que no vale la pena insistir en la urgencia del trabajo por la paz, a todos nos suenan cifras como la de un millón de dólares gastados por minuto en armamentos, o que existe en este momento un millón de veces el poder explosivo de Hiroshima en armamento nuclear..

Nosotros sabemos que estamos al borde de la catástrofe, pero que no hay “responsabilidad personal” frente a esta “megacrisis”, mucho menos participación colectiva; que hay una polarización ideológica, que existe, incluso, una guerra andando, esta silenciosa Tercera Guerra Mundial, que empezó con el término de la Segunda.

Por otro lado, sabemos que no se trata, solamente, del problema de la guerra propiamente tal, entre humanos, sino que estamos empezando a perder en la lucha por vivir armónicamente con la naturaleza. Ya hay serias señales de baja en la capacidad de nuestra atmósfera de darnos oxígeno, o más allá de ello, el ozono. Para qué hablar de las pérdidas de las reservas forestales o de la contaminación de las aguas.

Más allá de eso, la calidad de nuestra vida, amagada por la alienación, por la explotación, por el hambre, por la mala salud ambiental, por la corrupción que en muchos gobiernos en estos momentos significa un presupuesto por lo menos la mitad del presupuesto oficial, por las drogas, por el alcoholismo, por la delincuencia. En general, por VIDAS INCOMPLETAS NO REALIZADAS, en que la falsa riqueza de unos pocos empobrece en muchos planos a las grandes mayorías y a los propios aparentes beneficiarios de la repartición desigual del poder.

Frente a esa situación de crisis tenemos otros lados de la medalla. Por una parte, el avance de la humanidad no se ha detenido, no hemos tenido logros sustanciales en el desarrollo humano propiamente tal, del hombre como sujeto, pero sí en la relación del hombre con los objetos y en la relación de los seres humanos con el conocimiento. Llegamos a la Luna, fabricamos niños en probeta, nos internamos en la interioridad del inconsciente.

Por otro lado, la magnitud de la crisis, como todas las crisis, nos pone en frente de una gran oportunidad de crecer, de transformarnos. En el ideograma chino está dicho: WU CHI (*wu*, la amenaza; *chi*, la oportunidad). En estos momentos la humanidad tiene la gran oportunidad de *poseerse a sí misma*, de, por primera vez,

integralmente, como unidad, hacer un proyecto colectivo. Frente a eso, cabe nuestra segunda pregunta: ¿Qué pasa con el tema de la paz desde el punto de vista de los intereses, desde el ángulo de miras de las inquietudes, desde el referente del trabajo por parte de la gente?

Preguntemos en concreto: ¿Hasta qué punto hay una preocupación profunda por la paz, como la que tiene cualquiera frente a la posibilidad de que estalle su casa o la vecina, si hay altos riesgos de que ello ocurra?

Estamos lejos de una “preocupación consciente”, mundial, a la altura de los acontecimientos, a la altura de la gravedad de la crisis, del que es posible el fin de la humanidad.

No se trata de que los seres humanos seamos pasivos, no se trata siquiera de que no exista una preocupación, una inquietud por el otro ser humano. Es que ese “otro” es, generalmente, el otro o los pocos otros seres humanos “significativos”. Depositamos nuestra carga de interés por otro ser humano en un radio limitado. No existe una conciencia antropológica generalizada. Una conciencia de humanidad. Eso nos da la magnitud del problema y eso atrasa, a mi juicio, algunos derroteros sobre qué hacer.

Pienso que cuando nosotros hablamos de desarrollo de la conciencia tenemos que darle un contenido concreto y este contenido

concreto es global, es que de alguna manera debemos avanzar a hacernos cargo del desarrollo humano, de lo que ha ocurrido en esta disparidad entre desarrollo de la persona y de la tecnología.

Somos una sola aldea en cuanto informaciones y en cuanto transporte, pero seguimos siendo entidades separadas con conciencias que difícilmente se juntan. En que parece que no solamente hay distancia, sino, también, intereses antagónicos.

Estamos en una crisis en que o adquirimos conciencia de especie o desaparecemos, corremos la suerte de los dinosaurios, o, en última instancia, ese avatar gris de los delfines que no se extinguieron, pero que detuvieron su desarrollo.

Este desarrollo de conciencia, este desarrollo personal, tenemos que entenderlo bien, más allá de los estereotipos. Se trata de un desarrollo múltiple, polifocal, desde muchas inserciones, de todos los seres humanos o del máximo de seres humanos. Cuando hablamos de desarrollo personal no estamos pensando, necesariamente, en el diván del psiquiatra o en el cojín del profesor de yoga. Estamos preocupados, confiados, pendientes de los grandes movimientos sociales, en los cuales puede emerger una conciencia de la paz, entendida en

sentido creador. Ya existen, en estos momentos, movimientos sociales que integran, sin asumirlo totalmente siempre, el tema de la paz.

Nos han hablado de esta gigantesca revolución que significa la toma de conciencia de la mujer, vista indirectamente a través de la réplica de lo que significa la brutalidad del autoritarismo. Existe una conciencia creciente de los derechos de la mujer y, por lo tanto, de la necesidad de producir cambios de conciencia y cambios sociales para que esos derechos se actualicen. Es dable actualizar, también, la paz, la creatividad, el movimiento juvenil, otro actor social, otro sujeto en crecimiento.

Se constata la opción que se está planteando, en muchas partes, por una relación diferente con la naturaleza, la imperiosidad de alcanzar una relación armoniosa, de iguales, con la naturaleza.

Lo mismo, el cuestionamiento de las tecnologías. Está la entrada difusa, por otro lado cada vez más apremiante, de la noción de autogestión, de participación radical, de cuestionamiento del autoritarismo en todos sus aspectos, que tiene que ver con la toma de posición de sus sitios de trabajo y de hábitat, de las personas en sus vidas, pero, también, con las autonomías locales y regionales.

Estos y muchos otros procesos, en que podríamos incluir movimientos críticos en educación y en salud, implican cambios de conciencia, junto con cambios sociales, en sujetos sociales, que tienen potencialidad para converger, como para realmente darle sustancia, darle factibilidad, a la lucha por la paz.

Pienso que es en torno a esa dialéctica entre cambios de conciencia y existencia de sujetos sociales, que se están planteando problemas nuevos. Problemas que exigen nuevos tipos de relaciones humanas, en que se da la posibilidad de una lucha productiva, creadora, por la paz.

Entre los cambios de conciencia y la existencia de estos sujetos sociales vivos, en emergencia, se presenta la necesidad de darle vida al imperativo de la comunicación.

La comunicación ha sido puesta, tradicionalmente, como un añadido, como un condimento dentro de la política. La comunicación está pasando a ser, cada vez más, el centro mismo de la política, un imperativo ético que va impregnando la política. Comunicación es ponerse en el lugar del otro, comunicación es hacer nuevas síntesis en función del diálogo, de lo que no está dado, lo emergente. Ello exige poner atención hacia los movimientos sociales y la necesidad de cambios en la conciencia y a los vínculos entre ellos.

Para que puedan producirse estos cambios, para que podamos salir de los inmovilismos, tenemos que preguntarnos qué es lo que nos adhiere a aquellos en que estamos, qué es lo que nos impide cambiar. Lo que nos impide cambiar es nuestra identificación, nuestra identificación con algo que va desde nosotros mismos hasta, pudiera ser, una sociedad o una ideología.

En nuestro avance hacia la paz tenemos que ser capaces de profundizar hasta el punto de desapegarnos; y es en ese sentido que, en estos momentos, grandes vertientes de pensamiento de otras partes del mundo, del oriente, de los pueblos originarios, se encuentran con grandes riquezas de aporte occidental, del cristianismo, del marxismo, de la tradición libertaria. Para ello se trata de ir integrando nuestra capacidad de comprometernos con nuestra capacidad de desapegarnos.

Se trata, al mismo tiempo, de proseguir en este camino, de ampliar la mente, pudiendo ir más allá de las falsas dicotomías que estrechan nuestra perspectiva, mirando, por ejemplo, que el camino de profundizar en lo que es cada ser humano no es antagónico, sino que se complementa, con la necesidad de ir relacionándose cada vez más ampliamente, hasta formar redes, asociaciones, hasta constituir grandes frentes humanistas a través del mundo.

Por otro lado, es evidente que nosotros debemos respetar esta necesidad que tenemos los seres humanos, seres vulnerables, de cuidar nuestra seguridad. No dejemos que los autoritarios nos expropien el término seguridad, la seguridad es una necesidad de los seres humanos. Pero la seguridad, a su vez, no puede entenderse sin su contraparte, sin su complemento, que es la creatividad.

En resumen, el problema de la paz está asociado a la opción por la toma de conciencia colectiva de la humanidad, al asumir el desarrollo como especie. Esta conciencia del desarrollo involucra un giro: de la preferencia por las cosas y las técnicas a poner a las personas en el centro. Es decir, a realizar alianzas humanistas, alianzas para la salud global de todos.

La conciencia de especie, la conciencia antropológica, lo que haría posible y se nutriría de esta alianza, trasciende grandes dicotomías aparentes, como la que separa al individuo y la sociedad, y aquello que, aparentemente, opone seguridad y creatividad.

El ser humano es vulnerable, es proclive a la crisis, requiere defensas, seguridad. En el caso presente, la creatividad humanizadora enfrenta los riesgos de la posible destrucción colectiva.

Al mismo tiempo, la vida no tiene sinergia, armonía, sin la permanente incursión en lo

inédito, el ir abriéndose a caminos nuevos, a la creatividad. La paz es, precisamente, esa seguridad colectiva que viene de la creatividad en solidaridad, en igualdad y reciprocidad, la creatividad social. La creatividad humanizadora.

Hoy la paz depende de que, a través de la creatividad colectiva, se generen condiciones de colaboración universal; para ello, con conciencia antropológica, los movimientos sociales deben considerar la seguridad de cada individuo y la seguridad de las mayorías, la creatividad de cada uno y la de todos. Es un cambio de conciencia que se favorece con la integración de la comunicación en profundidad con las luchas por la transformación social.

La militarización de las conciencias ha sido el precio que el hombre ha pagado por un desarrollo desequilibrado en que la seguridad y la individualidad han primado sobre la creatividad y la visión social humanista, de desarrollo de la conciencia.

La crisis conduce a la necesidad de una *refundación humana* a partir de una conciencia antropológica, asegurando la paz a través de superar las distancias propias de las visiones y prácticas reduccionistas. Sin *conciencia antropológica*. Sin creatividad humanizadora.

Luis Weinstein

LA PAZ Y EL COMPLEJO DEL CAOS

*Grupo Universidad de la Paz
Taller 1988*

Estamos aquí porque nos preocupa la paz. Si queremos llevar esa preocupación a una acción, tal vez podríamos empezar por preguntarnos si todos hemos sido convocados por un mismo contenido. En otras palabras, si las “paces” de todos nosotros, razonablemente diferentes, convergen, en lo sustantivo, como para pensar que estamos hablando de lo mismo.

Vamos a intentar contestar esta pregunta en nuestro diálogo, en el discurrir de este taller. Por ahora sólo quisiera adelantar una hipótesis. Si estuviésemos hablando de la guerra es posible que todos tuviéramos una representación mental del objeto de nuestro trabajo mucho más semejante a la de la vecina o la del vecino que ahora, cuando enfocamos la problemática de la paz.

Puedo agregar algo más; también tengo el supuesto que, en general, para nosotros paz no es simplemente la ausencia de guerra. Los que así piensan son en general personas escépticas, sin mucha cercanía con el trabajo a favor de la paz. Ambrose Bierce, humorista negro, dice, por ejemplo, que la paz “es, en política internacional, época de engaño entre dos guerras”.

Hay pocos estudios sobre el contenido mismo de la paz. Dice un autor “la paz no es un concepto positivo en sí... Históricamente esto se debe en parte a la propia etimología de nuestra concepción occidental de la paz, sobre todo tal como fue definida en la *paz romana*, en el término griego *eriene*, enfocándola ambos como un estado caracterizado por la ausencia de conflicto bélico” (John Paul Lederach).

Haciendo una tipología de las concepciones más en boga sobre la paz, podríamos diferenciar entre las visiones macrosociales y las vivenciales. Aunque siempre es posible sobreponerlas, cabe ubicar entre las primeras percepciones como la tan vilipendiada de la no beligerancia, las que valorizan la constructividad, la integración, entre las naciones o formaciones sociales y dentro de las mismas.

La vivencia de paz recorre todo un espectro que va de la nada, la no actualización, hasta la creatividad.

Immanuel Kant ironiza sobre la relación entre paz y muerte. Inició su libro *La Paz Perpetua* con la observación de que existía un hostelero holandés que habría pintado un camposanto en el cual se leía la leyenda “a la Paz Perpetua”. Se habla de la paz de los cementerios, ilustrando con ello lo que tal vez quiso decir el anónimo personaje; en toda vida hay

actividad, agresividad, conflicto, alguna tensión con respecto a la paz.

Paz, pacificación, se emparentan también con domesticación, con represión. Existe la paz de los vencedores, de los dominadores. A ese respecto, es clásica la frase del Ministro francés, comunicando la ocupación de la capital polaca por el ejército zarista: “la paz reina en Varsovia”.

No hay que ir muy lejos; en estos años hemos sido advertidos con frecuencia que nuestro país “avanza en paz...”.

Paz y orden, la muerte, la dominación; el orden tiene, a veces, toda clase de alianzas.

Es conocida la asociación de paz con serenidad, con estados contemplativos. Su mejor expresión es la meditación, el estado de conciencia superior, de ser.

Si partimos de la base de que el ser humano se encuentra sumido en una crisis profunda, espiritual, cultural, política, económica, una crisis universal, evolutiva, no podemos menos que asociar la paz a un proceso que permita enfrentar la situación límite, casi imposible, en que estamos sumidos.

Desde esa perspectiva, nosotros integramos la perspectiva vivencial y la social en una propuesta de paz como desarrollo para el ser humano; paz es la política para salvar la especie

y asegurar un continuo perfeccionamiento del ser humano. Paz equivale a creatividad humanizadora.

Si miramos lo que ocurre en Chile y en el mundo en torno a los enfrentamientos entre quienes están por la paz y quienes están a favor de la guerra, podemos observar que los que directamente perjudican a la mayoría, deformando el curso de la historia, son una pequeña minoría. No son muchos los grandes productores y comerciantes y los ávidos usuarios de los armamentos mortales.

El problema es que los decididos adversarios de la violencia, de la falta de equidad y creatividad colectiva son, también, pocos.

El historiador Toynbee lo expresa así: “en un torneo de virtud entre el guerrero que emplea la violencia y el santo que la rehúye, ganaría hoy el santo una batalla moral que podría dar prácticos frutos mañana”. Pero, por desgracia, los personajes típicos en el drama del Pacifismo versus Guerra no son un guerrero y un santo aunados en la misma panoplia de la rectitud, son el guerrero “virtuoso” o “vicioso” que tiene el valor de arriesgar cuerpo y alma, y al mortal corriente que huye de la lucha y el peligro y, como lo hemos descubierto por propia experiencia en 1939 y 1940, el personaje antiheroico rehúye la guerra por la común debilidad de la naturaleza

humana y no por el horror de cometer un pecado, prefiere alzarse a cualquier precio al nivel del guerrero si sabe que la elevación del santo se halla fuera de su alcance.

Esta tendencia a la sumisión del ciudadano corriente es lo que Stanley Milgran estudiara experimentalmente como “Patología de la Obediencia”. Es lo que estaba presente cuando el buen funcionario Eichman se revelaba, en el proceso de Jerusalén por sus crímenes en los campos de concentración, como un ser normal, no enfermo, que exterminaba seres humanos porque le correspondía obedecer órdenes.

Es todo el gravísimo problema de la personalidad autoritaria, potencialmente fascista, prejuiciosa o dogmática.

Los luchadores por la paz son minoría, son muchísimos menos que los que están de acuerdo con las ventajas de la paz y que las personas que son de ordinario pacíficas.

El modo de ser autoritario, convencional, rígido, prejuicioso, ajeno a lo subjetivo, propenso al dogma y a la superstición, proclive a adorar la fuerza, a subrayar la diferencia entre su grupo y los otros, es, a nuestro juicio, la enfermedad que no deja ver la urgencia de ir hacia una transformación pacífica de la sociedad que pueda detener la espiral de la violencia y de los riesgos inverosímiles que se acumulan cada día.

“El gran obstáculo para la lucha de liberación” -escribe Martin Luther King desde la cárcel de Birmingham-, es la devoción del moderado por el orden y no por la justicia; el que prefiere una paz negativa, con ausencia de tensión, a una paz positiva, equivalente a la presencia de la justicia; el que paternalmente siente que puede indicar el momento adecuado para que los demás sean libres; el que vive bajo el mito del tiempo oportuno y constantemente aconseja esperar hasta la oportunidad conveniente”.

El tema está planteado, el problema es la aquiescencia de las mayorías a una forma de vivir las relaciones humanas en que se privilegia el orden sobre la creatividad, la convencionalidad versus la búsqueda, la seguridad antes que la diferenciación.

¿Sobre qué bases últimas plantear la formación para la paz? Queremos remitirnos a una afirmación radical de un filósofo; Spinoza dijo “Toda definición es una limitación”. En toda acción humana hay la posibilidad de error, de conflicto. Antes que la agresión, la violencia, está la posibilidad de confrontación de intereses por un territorio, un objeto o un afecto. La mayoría autoritaria está atrapada en su implicación en un horizonte estrecho.

Nos gustaría compartir con ustedes otra hipótesis. El autoritarismo, la separación, la no incorporación de las mayorías a objetivos universales, está asociada a lo que consideramos un “complejo” en el sentido psicológico, es decir, una cierta canalización de las disposiciones psíquicas que traba, que limita la actualización de las potencialidades integradoras.

Como es de suponer, el complejo es referido a la mitología griega. De acuerdo con Hesíodo, en el principio era el Caos. De allí emergieron, luego, la Tierra y el Amor. El caos, lo primordial, es, entonces, la única deidad no creada. Después vienen verdaderas “procreaciones” que dan origen a Urano, Saturno, Zeus y todo el multifacético y hermoso conjunto de dioses, titanes y otras figuras olímpicas.

El Caos no era el desorden, era, más bien, lo primero, lo que no tiene origen, aquello a lo que los humanos no tienen acceso, el misterio. Paul Diel ha hecho un magnífico análisis de ese límite que pone el misterio a la razón, explicando cómo hay mitos que muestran los desequilibrios humanos cuando se pierde el sentido del misterio en la exaltación, que pretende ir más allá, o en la trivialidad, que desconoce la trascendencia, la condición humana, su dependencia, el ser criatura.

Lo pertinente para nuestra indagación es que el Caos, lo no creado, lo primordial, desaparece con el proceso de la creación. Es como si fuera el único dios que muere, a pesar de ser el que los antecede a todos.

Hay las bases para pensar en un complejo de Caos, el dios básico olvidado. Caos, del que se puede decir, lo más original, es negado, hace mutis por el foro, en la medida que se producen las “creaciones”, las creaciones humanas, las actualizaciones, las definiciones. A medida que se afirma la cotidianidad, la manipulación de las cosas, se va perdiendo, se va negando lo misterioso, lo que está en el origen, lo que da sentido.

Lo que da sentido es misterioso, implica incertidumbre. La incertidumbre es negada. En la reflexión fundante de Descartes, la duda queda resuelta, “pienso, luego existo”. Estoy preparado para las cosas claras y distintas, para el mundo de las cosas. El misterio no tiene presencia, no actúa sobre el conjunto de cotidianidades y proyectos. No es raro que desaparezca el asombro, todo es familiar, habitual, domesticado.

En ese contexto, un esfuerzo como el de aunar conciencias, acercar ideas, trabajar con sentido unitario por la paz, queda lejos, no tiene resonancia en la relación básica de los sujetos con la realidad.

El complejo de caos debe ser elaborado. El caos no puede desaparecer, es la instancia primera, creadora, de él surge la Tierra, el amor, la alegría, la armonía, todo lo que tiene sentido.

La incertidumbre llama a la tolerancia, a la fe sin fronteras, a reconocer los límites de la razón, a no hipertrofiar el yo confundiendo las fantasías sobre la trascendencia con la apertura básica hacia ella.

La paz es construcción creativa; la creatividad, lo demuestran muchos estudios, requiere aceptar la incertidumbre. La misma necesidad que fundamenta la democracia y el cuestionamiento al autoritarismo.

El caos señala un límite desde el cual se admira la inteligencia del cosmos, se aprende de ella, se reconoce la finitud humana y se establece distancia frente a la necesidad de absoluto.

En el mito clásico de Prometeo, la equívoca Pandora, emisaria de los dioses, dejó escapar todos los males, pero Prometeo permitió que se conservara la esperanza. “Yo di a los hombres la ciega esperanza”, se queja Prometeo, autoafirmandose, en la obra de Esquilo ***Prometeo Encadenado***.

La esperanza se hace vidente cuando, desde la aceptación de límites, el ser humano

asume su colaboración en la lucha por la unidad, la base de la paz. Prometeo se acordó del destino y de las moiras que están más allá del todopoderoso Júpiter, pero olvidó el caos, a la primera inspiración, al fuego que no necesitaba robar porque lo tenía dentro de sí.

Elaborar el complejo del Caos consiste en reconocer que el caos no muere, al contrario, da sentido a la creación, un sentido invisible a los ojos, pero no a la sutileza de algunas miradas, no a la intuición que ayuda a entender que la esperanza de paz está en el no absolutizar nada y reconocer y no aceptar seudosatisfacciones a la necesidad de absoluto. Canalizar la necesidad hacia la relación con los otros. Llevar esa relación en procesos que siempre se originan en el caos, en el abismo de lo indeterminado y que viven en la medida que el cosmos emerge sin dejar que el caos se muera.

La paz posible no es la mera ausencia de guerra. Es un proceso de realización de la humanidad en su conjunto, de sus capacidades, de la atención a sus necesidades, de acuerdo a la condición especial del ser humano como participante de la creación, “obrero de la tierra”, en la expresión de Teilhard de Chardin.

Hasta ahora el desarrollo humano ha carecido de un proyecto de conjunto. Ha primado la atención a las cosas y a los medios sobre la

consideración de los valores. El desarrollo parcial de unos pocos se ha hecho a expensas de la utilización de las mayorías, la opresión social, regional, etaria, sexual. No se ha integrado el viejo entuerto entre solidaridad y rivalidad, el que presentan Eros y Tánatos.

Se trata de articular el cambio global en estilo de desarrollo, las democratizaciones nacionales y el cambio personal. En este proceso la paz debe hacerse presente. No hay camino hacia la paz, la paz es el camino, decía Gandhi.

Paz, en ese contexto, es no violencia activa, creadora, que oriente la unidad en la diversidad en las corrientes que se orienten hacia otro paradigma de desarrollo, que motive el paso al compromiso, a la perspectiva social y universal a los que duermen, aislados en su saco de piel, en proyectos pequeños, en el narcisismo, en las pautas autoritarias.

Estamos hablando de una paz grande, una paz revolucionaria, por ser radical, o por requerir una política que incida en la identidad.

La elaboración de la incertidumbre se apoya en cambios en profundidad. El misterio no requiere de largos estudios. Está en nosotros, en la inmediatez del yo, en las preguntas naturales de los niños pequeños, en su período de los por qué. El misterio, la incertidumbre, nos

constituye. Si lo asumimos, obtenemos perspectiva, liberamos energías, ganamos espacios de paz que nos facilitan la apertura a participar en los múltiples afluentes del gran caudal de la paz integral, la paz que es parte de un desarrollo humano integrador, profundo. Empédocles y Freud nos dijeron que el amor y el odio son compañeros eternos, pero ambos se reconcilian en los orígenes, en el Tao que no puede ser nombrado, en el Caos primordial. Hacia allá se dirige Tánatos, desde allí emerge Eros. No se encuentran en la opción por una realidad instrumental, fragmentaria, individualista. Tampoco en la fusión simbiótica totalizante. Necesitan un ir y venir entre misterio inaccesible y problemas que invitan a la intervención. El caos es capaz de coexistir con el cosmos, su papel es mantener la posibilidad permanente de renovación, de creatividad última. Es el asombro, es la visión integradora.

Al caos se le teme, desde el apego, desde los paréntesis de seguridad que confieren el poder, el orden, todo lo que aparta del gran compromiso por la paz. En la tarea de construir paz entre todos se inscribe el esfuerzo por asumir esa capacidad de abrirse al misterio para poder vivir el orden y la seguridad más allá de la rutina, de la técnica, de los intereses parciales. Si la paz es humanización el camino hacia ella pasa

por asumir todo lo que el ser humano inhibe al reprimir su relación con lo misterioso.

La frase de actualidad contingente en Chile, “yo o el Caos”, contiene la violencia de una guerra moderna, declarada e informal, absoluta y parcial. El creer que hay adversarios absolutos es inseparable de la creencia en el poder vivir en lo absoluto, el no asumir el misterio.

La disyuntiva entre el yo y el Caos parte de la premisa de que el yo es ajeno al caos, de que no es parte del terreno profundo en que la humanidad no vive sólo la tierra firme de la relación con las cosas, con el hemisferio izquierdo, lógico, secuencial. El yo es incertidumbre, por eso busca imponerse, acepta la tentación del poder y de la violencia. El tolerar la incertidumbre última permite trabajar la relación posesiva con el propio yo, la apertura a una identidad de experiencias y no de atributos, el reconocimiento de que la identidad parcial como sujeto no niega, se complementa, con la de partícipe de una identidad mayor, de miembro de una especie en desarrollo, a bordo de una nave espacial, la Tierra, que surgió del Caos...

Algunas Preguntas del Taller

1. ¿Cuál es tu propio concepto de paz?
¿Es semejante a algunas de las opiniones insi-

nuadas en el texto? ¿En qué difiere de la posición del autor?

2. ¿Cuáles son para ti las medidas más eficaces y las conductas más adecuadas que pudieran tener personas como los partícipes del Taller, para ayudar a crear una corriente de opinión importante a favor de la paz?

3. ¿Te parece que existe realmente una “negación” colectiva del misterio de la realidad?

4. ¿Crees que hay, efectivamente, posibilidades de enriquecer la lucha por la paz, de conseguir más unidad entre los motivados y de llegar a muchos ausentes, reticentes, con una educación sobre la apertura a la incertidumbre y el misterio? ¿A integrar el caos?

5. ¿Con qué metodología educacional se podría trabajar para esos propósitos? ¿Con qué ideas fuerza?

6. ¿Tienes algunas referencias bibliográficas que pudieran aportar a esta propuesta?

LA PAZ COMO PRÁCTICA DE LA SALUD INTEGRAL

UN ENFOQUE ANTRO-POLÍTICO DE LA EDUCACIÓN PARA LA PAZ

La educación para la paz puede no sólo empezar con la pregunta, obvia, qué es paz, cuál es su ámbito, sus plenos y alcances de dominio conceptual. Es tal la riqueza de matices cognitivos, tan grande la variedad de actitudes y orientaciones valóricas y afectivas, que la educación para la paz de raigambre formativa que se pretende asociada al diálogo de tú a tú, de grupo a grupo, de nación a nación y de cultura a cultura, puede vertebrarse en la aproximación abierta a esa misma pluralidad de opciones.

A modo de ejemplo, podemos aprehender nuestra reacción personal cuando nos introducimos al tema con las preguntas de Kant sobre la asociación, de hecho tan frecuente, entre paz y muerte.

Refiere el filósofo, en su tratado *La Paz Perpetua*, de 1795, que la leyenda “a la paz perpetua” estaba colocada en la casa de un hostelero holandés... “debajo de una pintura que representaba un cementerio; ¿estaba dedicada a todos los hombres en general, especialmente a los gobernantes nunca hartos de guerra, o bien

quizás sólo a los filósofos, entretenidos en soñar el dulce sueño de la paz? Queda sin respuesta la pregunta”.

“Larga paz a tus huesos...”, “descanse en paz, eternamente”. Cuando invitamos a los miembros de talleres formativos a dejar fluir libremente sus asociaciones, sus sentimientos e imágenes, frente a esta paz de los cementerios, de la muerte, de la no vida, llegamos, con felicidad, a una zona de deslinde entre “una” paz y “otra” paz, paz de no vida, paz dentro de la vida...

Ahondando, vida y muerte se entrelazan. Hasta aquellos que se sienten más identificados con la paz como descanso permanente después del vivir no “experimentan paz” frente a la muerte provocada por la guerra, la violencia delictual, pasional o la evasión suicida ante “la mala vida”. En especial, la famosa expresión del general francés en la Cámara francesa, frente a la entrada de las tropas del general ruso Pashkevich a la capital polaca, “las cartas que recibí de Polonia me anuncian que la paz reina en Varsovia...”, provoca un natural escozor de rebeldía e indignación, una vivencia especial, también, de miedo.

Por otra parte, el supuesto antónimo de la paz, la guerra, es muchas veces valorada hasta un punto de parecer que es tan propia de la vida

como que debiera ser parte de lo que, paradójicamente, aporta a la paz... Así, no es raro encontrar una curiosa resonancia empática entre expresiones como la de Quevedo: “la guerra es de por vida en los hombres, porque es guerra la vida”, y vivir y militar es una misma cosa.

En medio de tanta ambigüedad, no es extraño, tampoco, que muchos, de edad madura o jóvenes, den testimonio de simpatía ante el áspero humor escéptico de Ambroise Bierce, en su *Diccionario del Diablo*, quien alude a la paz como: “En política internacional, época de engaño entre dos épocas de lucha”.

Qué podemos entender por la paz, más allá de concordar, por lo menos, con Bierce, es que es un estado de no guerra. ¿Cuál es su contenido? ¿Hacia qué queremos educar, en dirección a qué estado vivencial o a qué relación entre los Estados?

Los diccionarios y el sentir cotidiano conducen a tres matices de acepción. Paz apunta, por una parte, a calma, tranquilidad, sosiego; en segundo término, a acuerdo, avenencia, por último, a armonía. Son grados crecientes de distancia con respecto a la mera ausencia de conflicto insalvable, de agitación o guerra. Paz-con-alma; paz estar con un acuerdo; paz vivir la armonía.

La extensión del término se hace más patente si abordamos el posible opuesto, para el que existen palabras distintas. Paz es antónimo de guerra, pero, también, de intranquilidad, de agitación.

Si hay diferencias en el contenido, en el “qué” de la paz, también las hay, por supuesto, en el sujeto involucrado. La paz es condición posible de las personas, de sus estados vivenciales, de los grupos, de los países. Alguien puede estar en paz con su conciencia; una familia, en ocasiones, pacifica sus relaciones con otra. Países y coaliciones de naciones viven la paz o la guerra.

Insistimos en que esta pluralidad de sentidos puede instrumentalizarse para fines educacionales... De hecho, esa es la perspectiva con que escribimos este artículo, desde nuestra experiencia en talleres formativos. En ella nos encontramos, a menudo, con una curiosa analogía entre el “hacer la paz” y el “hacer el amor”, como expresiones que ayudan al desarrollo de una conciencia crítica.

Nuestra cultura dominante, la de la relación con los objetos, orientada hacia el hacer y el tener, en desmedro del ser y el estar, pretende agotar el proyecto erótico afectivo “haciendo” el amor. A veces, también, se “hacen” amistades, con cálculos y cosificaciones de los vínculos. La

noción de paz, de la misma manera, parece coagularse en algún acuerdo en que se hace la paz, entre pandillas juveniles o naciones en pugna.

¿Qué hilo seguir? ¿Cómo avanzar hacia una precisión de contenidos, sin dejar de respetar el terreno difícil, viscoso, necesario, de la polisemia, del pluralismo general? Hay una pérdida, un cierto desgarró, si no le damos toda su prioridad al terreno básico, simple, de la preocupación por la guerra -la no paz- internacional, si diluimos la gravedad del problema del armamentismo nuclear o de los conflictos bélicos en curso.

Dónde empieza, sin embargo, la paz “a la escala humana”, la que el ser humano merece y la que puede conseguir? Hay paz, según el dicho clásico, preparándose para la guerra. ¿Es cierto que la guerra es parte necesaria de “la buena vida”, o como dijo Ercilla “La guerra fue del cielo derivada / y en el linaje humano transferida”? ¿Dónde encontramos el equilibrio entre la aceptación inevitable de los conflictos, la valoración de la agresividad como seguridad y la ponderación del sosiego, los acuerdos, la armonía?

En el espíritu de las relaciones dialogales, sin pretender “producir” una “verdad”, nuestra percepción es que lo elusivo del concepto corresponde a un terreno muy básico, que tiene

que ver con lo antropológico-político, lo antropolítico. La crisis, las crisis.

Hoy estamos familiarizados con la noción de crisis del desarrollo, de la época. Hay riesgos como consecuencia del armamentismo nuclear, de la perturbación del equilibrio ecológico, del agotamiento de los recursos, de la explosión demográfica, del agotamiento de los modelos, de la acentuación de la falta de propósito en la vida de los países llamados desarrollados, de la pobreza económica en los denominados subdesarrollados, de la droga y la violencia avanzando en unos y otros... Todo ello, mientras se da un crecimiento científico técnico vertiginoso, pero el ser humano no amplía su conciencia espiritual y no está claro el derrotero de esta aceleración del cambio material.

No es difícil entender la relación entre esta gran crisis mundial, crisis multifacética del desarrollo, y las inevitables crisis biográficas de los sujetos, las relaciones significativas, los avatares de grupos, instituciones o sociedades enteras. Es obvio que en este tiempo la crisis del jubilado, la de la pareja sin hijos o la del adolescente, se articula, forzosamente, con la tensión que sacude al planeta, cada vez más ligado por informaciones, medios de transporte y flujos de dinero.

Lo que frecuentemente escapa a nuestros análisis es la crisis original, la del homo sapiens. La crisis estructural de la “caña pensante” de Pascal. La tensión entre nuestro “en sí”, opaco, inaccesible, con nuestro “para sí”, nuestra conciencia. Las llamadas dicotomías existenciales de Fromm, por tener razón, conciencia de nosotros mismos y, por ende, una vivencia de separatividad.

Nuestra vida, abierta a la conciencia del límite, de la fragilidad, de la muerte; pródiga, también, de vivencias totalizantes, con acceso a la comunicación existencial, a la belleza, a la trascendencia, a la acumulación, el poder, el desarrollo de la imaginación, a la actualización en el mundo...

Nuestro anhelo de paz dice relación con los tres niveles de crisis posible, que esquematizamos como: paz con respecto a una coyuntura personal o social; paz en el océano encrespado del mundo contemporáneo; paz en relación a nuestra situación básica, existencial.

Los movimientos pacifistas, con la valentía con que asumen buscar la concordia en zonas amagadas por la violencia en curso, con la lucidez con que incorporan la demanda por el cumplimiento de los Derechos Humanos, o la sabiduría con que identifican la gran prioridad del desarme nuclear, suelen trascender las

limitaciones del individualismo conformista. Sin embargo, parecen negar lo difícil que es llegar a una conciencia colectiva de la gravedad de la crisis. Son maravillosas élites éticas, pero no logran con-mover a la gran masa ciudadana, absorta en el consumo, la técnica, una cotidianidad estrecha, mientras florece el narcotráfico, se acumulan las bombas y se perturban las relaciones con el medio ecológico.

Pensamos que la falta de convocatoria tiene que ver con la forma cómo se ha enfrentado, en el desarrollo de conciencia “realmente existente”, la problemática existencial.

Ante la situación humana básica abierta, nuestra inseguridad última, hemos hecho un gran mecanismo de negación, de represión de contenidos dilemáticos. Proyectados a la actualización, orientados hacia el poder sobre las cosas, al trato de las personas como cosas, vivimos como si no existiera la incerteza, como si la muerte o los límites humanos no nos encauzaren hacia un relativizar la vida.

La práctica educativa y psicoterapéutica nos lleva a enfrentar a diario una gran verdad. No nos hacemos preguntas básicas. Los interrogantes metafísicos se arrinconan en el inconsciente, en la disertación académica, en los episodios psicóticos.

En la tensión básica, la crisis estructural, entre la seguridad existencial y la creatividad en el mundo, se ha optado por una seguridad no creativa. La pseudoseguridad autoritaria. Aquella que, según Sartre, arranca del miedo a la situación humana. La seguridad espuria del alienarse frente a lo subjetivo, la opción por lo instrumental, por los objetos. En términos de Pascal, del espíritu geométrico, en desmedro del espíritu de sutileza. De acuerdo con la neurofisiología, el desbalance entre el hemisferio cerebral izquierdo, secuencial, lógico, y el derecho, intuitivo, analógico.

La orientación autoritaria, verdadero paradigma básico, es la del rechazo a la incerteza, a la ambigüedad, a los matices. La de la rigidez, los prejuicios, los casilleros, la fuerza...

Es la propia orientación autoritaria la que busca definiciones excluyentes, inequívocas, entre la paz. La que por temor a las dudas llevan a identificar a la paz con la muerte. El hostelero de Kant, y el mismo filósofo, tuvieron una intuición; la paz perpetua es una concepción compleja, utópica, en la medida que no se asuma la inseguridad propia de la vida.

La tolerancia a la incertidumbre, a la ambigüedad, es atributo de los procesos creativos, es propia del desarrollo personal para la democracia.

En todo proceso creativo tiende a darse el momento confuso de la espera, de la incubación, de la vacilación expresiva mientras en el inconsciente cristalizan nuevas configuraciones. La mayor o menor tolerancia a esos momentos de vaguedad, de sobreposición de contenidos, de sedimentación, está asociada con la capacidad de hacer nuevas asociaciones, de crear.

La democracia, por su parte, requiere el aceptar la no predictibilidad del curso de los acontecimientos que dependen de opciones humanas. La aceptación de la libertad en conciencia de lo ajeno, lo opaco del otro, de los otros.

La creatividad para todos, la creatividad radicalmente democrática, la creatividad social, se confunde con el gran proceso histórico de “hacer la paz”, de enfrentar, junto con la problemática personal, con la crisis epocal, la crisis constitutiva del ser humano.

La Creatividad Social, apoyándose en la tolerancia a la incertidumbre, es necesariamente antropolítica, política desde el ser humano, dando cuenta de la incertidumbre básica con una respuesta amorosa-creativa, superando el autoritarismo.

Esta respuesta implica un reconocimiento de los límites humanos, de la muerte, de la falta de certeza, con una voluntad de canalizar

la agresividad, la autoafirmación humana en un sentido social, de género, humanista. Desarrollando al ser humano, es decir, cada uno a sí mismo, a los contactos, y las posibilidades de influencia.

La paz es una concepción multicolor en permanente dinámica evolutiva.

En las condiciones de crisis actual, a nivel mundial, en que hay riesgo de extinción de la especie y de la vida, la paz se “hace” entre todos, para todos, en un mismo movimiento de transformación del ser humano que lo-nos haga capaces de interrogarnos.

La ciencia ha creado toda una tecnología potencialmente capaz de potenciar todos los procesos de diálogo y complementación.

Han surgido movimientos sociales como el de las mujeres, de los jóvenes, de las etnias, de la autogestión, pacifistas, ecólogos, espiritualistas, que han ido levantando una temática, estableciendo focos, redes, de percepciones renovadas de lo político, del ser humano, del cambio.

En el centro de todo está la politización del problema de la identidad. Las mujeres, las minorías, los que viven en comunidad, quieren reconocerse, desmasificarse. Son una contribución a la paz en la medida que abren camino a la creatividad social, a partir de un asumir que su identidad autónoma se articula con una iden-

tividad más amplia, se asocia a la vida. Vida que tiene cementerios y violencias, pero que está en evolución. Vida en gran parte preconsciente o inconsciente, pero que se hace consciente a través del ser humano, en un proceso que tiene una gran tarea por delante, en la época de la energía nuclear: avanzar hacia la paz perpetua o arriesgar su fin.

Si podemos sintetizar lo dicho, paz es un proceso, un hacer, que tiende al perfeccionamiento de la vida. Visto desde la perspectiva de la especie, a la creatividad social, a la superación del autoritarismo, asumiendo la crisis existencial humana, la incertidumbre, haciendo propia una relación dinámica entre identidad individual e identidad colectiva, humana, participación en el proyecto humano.

Paz es sublimidad, es ternura, es descansar, es canalización de la violencia, dentro de la corriente de la vida. Es vida orientada hacia la salud, al desarrollo humano. No puede ser solamente quietud, armonía o derivación de energías. Es un movimiento hacia el desarrollo de capacidades, enfrentando necesidades, desde lo colectivo.

Frente a la paz están los adláteres de la guerra. Como Francis Bacon, que creía que una paz prolongada acababa con el vigor y corrumpía las costumbres... O un Maquiavelo,

que pensaba que el arte de la guerra debía ser el estudio constante y la ocupación favorita del Príncipe.

Parece difícil suponer que muchos pueden optar por la enfermedad frente a la salud. Hoy la paz es práctica de la salud, en términos de allanar camino para la colaboración y complementación de los seres humanos.

La salud exige relaciones adecuadas con el ambiente físico y social, con el mundo subjetivo, con los vínculos. Esas relaciones requieren cambios colectivos significativos en los seres humanos hacia asumir la incertidumbre, hacia permitir una identificación con los otros, además de un hacerse cargo de la vida propia y de los próximos.

El desarrollo de la salud en una cultura dominada por las separaciones, el espíritu analítico, las distancias favorecidas potencialmente por las facilidades comunicacionales, invita al crecimiento de una cultura de la integración, de la psicosisíntesis.

Hay cuatro grandes pares de aparentes opuestos que dominan nuestra cultura. Según Maslow, lo esencial de la salud está en la trascendencia de las dicotomías, como juego y trabajo, afectividad y racionalidad. Las que nombramos son categorías muy básicas, que facilitan una tendencia general a la síntesis, a la

superación creadora de los conflictos, a la complementación.

Una orientación primaria es hacia asumir la relación de reciprocidad entre lo individual y lo social. Desarrollo personal y proyección hacia lo universal, lejos de oponerse, se apoyan mutuamente. Al final del desarrollo individual está la apertura al servicio, el reconocimiento de la unidad humana. El trabajador de la política sin trabajo de crítica y autocrítica, sin desarrollo de la sensibilidad, de autonomía, de la imaginación antropológica, maneja en aguas superficiales, encalla en la competencia, en la problemática del narcisismo y del poder. El dictum “ama a tu prójimo como a ti mismo”, refleja esta orientación, yo y el otro. La lógica conjuntiva. La racionalidad integradora.

El otro par de términos es el de los grandes “radicales”, directrices fundantes de las culturas orientales -también las amerindias- y del occidente judeocristiano: el desapego y el compromiso, respectivamente. No basta con el compromiso, si no hay, también, al mismo tiempo, desapego, cunde la posesividad, se favorece la dependencia, hay intoxicación por intolerancia. El desapego sin proyecto que anime, sin la perspectiva actual de ser “obrero de la tierra”, en la visión de Chardin, se vuelve, con facilidad, evasión, autocontemplación, falta de

creatividad para la construcción de la paz. La formación maternal-paternal de los niños con amor no posesivo, con aceptación de su creciente autonomía, es el símbolo de esa continuación saludable, desapego-compromiso.

Lo global y lo local, lo riguroso y lo imaginativo, lo focal y lo polidimensional, son distintas formas de designar al tercer par de aparentes opuestos. La alianza de la investigación ceñida, consciente de los límites de la conciencia en cada momento de conciencia, junto a un permanente abrir las fronteras hacia las relaciones, la ecología, los sistemas. Es, en medicina, la unidad de la clínica y la salud pública; en literatura, el puente entre el chispazo poético y la comprensión realista.

Finalmente, el binomio fundante de lo antropológico, seguridad y creatividad, la atención a las necesidades humanas deficitarias y las de actualización; el período de la tercera edad como terreno de fragilidad y de sabiduría; la agresividad como expresión primitiva o ególatra y como manifestación de un germinar de lo nuevo.

El desarme, la no violencia activa, la deuda externa, el racismo, la resolución creadora de los conflictos, son parte de los contenidos habituales de la educación para la paz. Ellos, junto con la temática del uso de drogas, la violencia,

el consumismo, la importancia de la ecología, necesitan anclarse en una opción amplia por el desarrollo de la salud, la ampliación de la conciencia, la confrontación de los problemas existenciales junto a los propios del estilo de desarrollo vigente, la crisis, la megacrisis.

La salud es autocreación -autopoiesis según Maturana-, de cada humano y, crecientemente, de los grupos, redes, sociedades y la humanidad en su conjunto. La paz es ese proceso de humanizar.

La paz no tiene camino, es el camino, decía Gandhi... Es una vía de transformación, a través de asumir las crisis, hasta el punto de alcanzar, ahora, una capacidad de integrar la visión de humanidad, de especie, junto con la inseguridad básica existencial, la inseguridad que es responsabilidad humana trocar en progresiva salud. En hacer la paz.

El medio clásico de la educación es el eje reflexión-acción, el ejecutar y elaborar racionalmente lo hecho, el pensar para después actuar.

El hacer paz, humanizar, desarrollar la salud, requiere una aproximación multidimensional que incorpore el terreno último de la identidad, facilitando el ser autónomo y sentirse parte, trascender, facilitando la individualización y la universalidad, la capacidad de desapegarse y de comprometerse, la focali-

zación, la multidimensionalidad, la seguridad y la creatividad. Para ello hay que incorporar lo inconsciente, la afectividad, el sentido estético, la imaginación, la conciencia corporal, la comunicación profunda, la espiritualidad.

Hacer la paz es un cambio, una transformación de conciencia en consonancia con el cambio de lo objetivo, de las estructuras, de las relaciones de poder, de los tabiques divisorios. La tradición de muchos pueblos ha conducido a la práctica de la meditación, buscando la apertura de conciencia, la profundización de la identidad, el desapego. Desde la relajación, hasta el silencio, en la Educación para la Paz hay un espacio para una conciencia contemplativa, descentrado del yo, en condiciones de acercarse a una visión holística de la realidad.

La conciencia también se enriquece en la comunicación en profundidad, en el diálogo en que surge el “entre” el tú y el tú, vistos, desde cada yo, como semejantes, complementarios.

Comunicación profunda, meditación, reflexión, acción, son dimensiones de una acción de salud, un hacer paz. Desde la problemática específica que concierna, colaborando a una racionalidad integradora que trasciende dicotomías básicas, sin perder el horizonte global de la crisis.

La Educación para la Paz es educación permanente, se vive en la práctica cotidiana. Necesita el respaldo de talleres orientadores, pero su sentido es de práctica diaria, en el ámbito individual, en las relaciones significativas, en espacios grupales y de redes en interacción.

La crítica y la autocrítica son la base de la Educación para la Paz en el seno de los grupos. La comunicación profunda la respalda, especialmente desde las relaciones más significativas. Es importante preservar un tiempo individual de trabajo de desarrollo personal, incluyendo aspectos éticos, de trabajo emocional, cognitivo y espiritual.

Queremos terminar con una breve indicación sobre el trabajo individual. Es psico-higiene básica, la meditación da las bases de ampliación de la conciencia quitando rigidez a la identidad, facilitando el evolucionar más allá del autocentramiento.

Lo cognitivo se instrumentaliza en la investigación del propio desarrollo, en su seguimiento y en la sistematización con fichas de la temática de la paz, el desarrollo.

A la meditación y al trabajo cognitivo debe acompañar la revisión diaria. Hemos encontrado necesario empezar con un recuerdo de las últimas veinticuatro horas, para después centrarse en la autocrítica desde la ética per-

sonal. Luego viene el trabajar sobre las emociones negativas, angustia, rencor, celos, ira... en forma de imagerías de contenido afectivo. Se trata de fantasear con las escenas traumáticas, intentando revivirlas con un afecto tranquilo. Un hacer paz fantaseando con la tranquilidad.

El otro paso es el rescate de los momentos “altos” del día, el recuperar la vivencias, siempre evanescentes, de contacto profundo, de sentido existencial, de belleza. En óptica antropolítica, se “interviene” las vivencias diarias, disminuyendo el lastre de las emociones negativas con su clásica tendencia a la invasión y la inercia, y reforzando las vivencias, generalmente fugaces, de más plenitud, de más sentido.

Finalmente, se reviven los momentos en que se experienció un mayor estar en el lugar de otros, en la perspectiva de los otros, más allá del egocentrismo.

En síntesis, sugerimos una Educación para la Paz desde una perspectiva de salud, de desarrollo, de fomento de la salud. Cambio de conciencia personal enlazado a la creatividad colectiva. Enfrentamiento de la crisis coyuntural, junto al asumir la temática existencial. Desarrollo de salud integral, no sólo somático, social, ecológico, espiritual.

Un desarrollo de la salud que, en su intencionalidad pacificadora, asuma la superación

de la intolerancia a la incertidumbre y su expresión en una patología colectiva, el autoritarismo.

Se trata de una propuesta antropológica, apuntando a la elaboración del complejo de caos, del temor a la incertidumbre que ha llevado a la defensa colectiva en la seguridad autoritaria y el predominio, el no equilibrio, en la relación entre el hemisferio cerebral izquierdo, racional, y el hemisferio cerebral derecho, intuitivo, poético, espiritual.

Es una opción política en la medida que reconoce la realidad de la cultura, de la necesidad de llegar a una nueva hegemonía, la de las tendencias pacíficas a la integración -sin certidumbres forzadas- sobre las dominaciones, fragmentaciones, exclusiones.

La salud, legitimada como ámbito de lo cotidiano y de lo científico, hasta ahora en gran parte retórica, supeditada al reconocimiento de la enfermedad como figura gestáltica central, es una dimensión en que la visión de un buen desarrollo, para todos, parece obvio. Está claro que sin buena salud colectiva será muy difícil enfrentar al sida y a las drogas, las bombas nucleares, el esmog y el deterioro de las ciudades.

La patología del autoritarismo, el predominio de la seguridad, sin el balanceo de lo creativo, ha llevado a que nos enfrentemos a la

crisis general y a todas las enfermedades de la vida social sin la apertura a la salud necesaria para encararlas. De allí la urgencia de la práctica de la paz, de la integración humana.

A las preguntas de Kant sobre el sentido de una imagen de la paz perpetua, como la paz de los cementerios, debe contestarse que es hora de acuerdos entre gobernantes, filósofos y todos los ciudadanos para asumir el gran desafío de la salud colectiva, la creatividad de todos, la del Caos original que engendró la Tierra y el amor y luego fue olvidado en la medida que el autoritarismo fue llevando a la vía caotizante, violenta, de la seguridad sin apertura a la integración.

REFERENCIAS

1. Alfven, Hanne. *Annihilator and Ommicide*. Development Dialogue. 1984 (12). Fund. Dag Hammarsjkold, Uppsala, Suecia.

2. Barreiro, Telma. *Hacia un Modelo de Crecimiento Humano*. Ed. Nuevo Estilo. Buenos Aires.

3. Buber, Martin. *¿Qué es el Hombre?* Fondo de Cultura Económica. México, 1964.

4. Ceruso, Igor. *El yo y la civilización*. Ed. Anagrama. Barcelona, 1971.
5. Cezenueve, Jeen. *Felicidad y civilización*. Ed. Paidós. Buenos Aires, 1968.
6. Curle, Adams. *Místicos y militantes*. Ed. Dédalo. Buenos Aires, 1976.
7. Fromm, Erich. *To have or to be*. Bentem Books. New York, 1982.
8. Fromm, Erich. *Ética y psicoanálisis*. Fondo de Cultura Económica. México, 1985.
9. Fromm, Erich. *Psicoanálisis de la sociedad contemporánea*. Fondo de Cultura Económica. México, 1956.
10. Fund. Dag Hammarskjöld. *What Now?* Uppsala, Suecia, 1975.
11. Gyarmati, Gabriel y otros. *Hacia una teoría del Bienestar Psicosocial*. U. Católica. Santiago, 1988.
12. Illich, Iván. *La salud y la calidad de la vida*. Tecno-político. Cuernavaca, 1984.
13. Kant, Immanuel. *La paz perpetua*. Tor. Buenos Aires.
14. Leborit, Henri. *L'agressiviti detournée*. Unión General de Editores. París, 1976.
15. Maturana, Humberto y Varela, Francisco. *El árbol del conocimiento*. O.E.A. Santiago, 1984.
16. Maslow, Abraham. *Towards a psychology of being*. Van Nostran Co. New York, 1968.
17. Max Neef, Manfred y otros. *Desarrollo a la Escala Humana*. Cepcaur. Fund. Deg Hammarskjöld, 1986.

18. Max Neef, Manfred, Mallmaan, C., y Aguirre, R. *La sinergia humana como fundamento ético y estético del desarrollo*. Fund. Bariloche, 1978.
19. Norin, Edgar. *Hacia una política del hombre*. Ed. Extemporánea. México, 1971.
20. Naranjo, Claudio. *Les chemins de la créativité*.
21. Osorio, J. y Weinstein, L. *La Fuerza del Arco Iris*. Ed. Ceaal. Santiago, 1989.
22. Sábato, Ernesto. *Hombres y engranajes*. Ed. Emecé. Buenos Aires, 1951.
23. Sartre, Jean Paul. *Reflexiones sobre la cuestión judía*. Ed. Sur. Buenos Aires, 1948.
24. Schumacher, F. *Guía para los perplejos*. Ed. Debate. Madrid, 1981.
25. Weinstein, Luis. *Autoritarismo o creatividad social*. Ed. Minga. Santiago, 1981.
26. Weinstein, Luis. *Salud y Autogestión*. Ed. Norden. Montevideo, 1989.

FORMÁNDONOS PARA EDUCAR PARA LA PAZ

Notas Para un Taller (1990)

1. Paz Entre los Pacifistas...

El Pluralismo en la Educación Para la Paz

En todo lo que sea formación hay muchos marcos de referencia, muchos objetivos posibles, muchas metodologías a las que se puede optar... depende del “cristal con que se mire”, de quién mire... En la educación para la paz la cosa es mucho más compleja que en otros temas, porque hay muchas concepciones sobre la paz.

En los hechos, es fundamental distinguir entre los contenidos y los alcances extensivos de la concepción de la paz.

Desde el punto de vista del contenido, hay, en última instancia, un sentido restrictivo: paz es ausencia de guerra, de destructividad, de violencias; como, también, una acepción positiva: paz como armonía, como complementariedad. En eso se parece a la noción de salud, entendida como ausencia de enfermedad, daño, o como algo positivo, bienestar, desarrollo.

En torno a la extensión, siempre apuntando a lo grueso, paz del individuo, de la fami-

lia, del grupo, de la comunidad, entre países, en el mundo.

En una intuición constructiva, podemos hacer alcances operativos, definir nuestra manera de entender la paz, de qué paz estamos hablando, como primera etapa para una orientación formativa.

2. Paz Como Salud Integral Ecológica

Desde nuestro sesgo, la paz es algo positivo, la salud, salud humana que asume la muerte. No es una contradicción. La salud humana es el despliegue de las capacidades humanas. Las capacidades posibles, que son las de los seres vivos, con necesidades, con límites, con muerte, además de tener conciencia y valores.

Esta salud es, al mismo tiempo, de todas las “escalas” de extensión, salud familiar, salud pública, salud ecológica, salud internacional.

La paz, como salud integral, tiene una dimensión física, psíquica, social, ecológica y espiritual; se refiere a los individuos, los vínculos, los grupos, las comunidades, los países. Indica lo que está pasando y las tendencias hacia el futuro.

La salud integral depende de relaciones, de la ecología. Se habla de ecología en las re-

laciones con el medio ambiente, pero, también, hay una ecología social y una ecología de la muerte.

Así, desde nuestro sesgo, con una concepción amplia de salud y ecología, paz es la dimensión positiva de la salud integral, y la ecología integral, las realizaciones de potencialidades en armonía, o, como se dice en círculos pacifistas y ecologistas, la sinergia. Sinergia es “hacer fuerza juntos”, es complementarse.

La guerra es lo contrario a la paz, pero tampoco es paz la explotación, la injusticia, el hambre, las drogas.

Por eso se habla de no violencia activa, no violencia “con positividad”. El corazón de la positividad es la sinergia, colaboración con respeto por la diversidad, aceptación de la diferencia con igualdad de fondo.

3. Etapas en la Formación Para la Paz

Insistiendo en que sólo hablamos desde nuestra perspectiva, podemos proponer una asociación entre formación para la paz y desarrollo de la salud de la conciencia hacia una conciencia ecológica.

En líneas generales, hablamos de tres etapas que no son lineales, que se sobreponen,

pero que, en forma esquemática, podrían describirse como “momentos” formativos de apertura, de ordenación de marco referencial.

En el fondo se trata de avanzar en una relación de igualdad entre lo propio y lo no propio. Hablamos de salud-ecología de la identidad.

El tema es complejo, pero es preferible abordarlo en profundidad, sin rehuir las dificultades, dándose tiempo para irlo madurando.

Se trata de desarrollar lo propio, mi vida, mi familia, mi comunidad, mi país, en apertura para aceptar la igualdad con los otros, las otras familias, comunidades, países, la naturaleza. Hay un polo no pacifista en que se juntan individualistas, sectarios de todo tipo, nacionalistas, antropocentristas.

Si la paz es la creatividad constructiva, compartida, la búsqueda de la sinergia, la ecología integral, la salud en sus distintas dimensiones, la exaltación de lo propio y la negación de los otros va en un sentido distinto a la paz. Por eso no es pacifista lo antropocéntrico, centramiento en el ser humano como dominante de la naturaleza. Tampoco, por cierto, el nacionalista descalificador de otros países, el etnocéntrico que desprecia a otras culturas, el patriarcalista machista que asume la “dictadura” del hombre adulto sobre mujeres y jóvenes.

La primera etapa es de apertura, de sensibilización hacia lo dicho. Con aproximación afectiva, mediante películas, diálogos, obras de teatro, lecturas, ejercicios corporales o juegos, las personas, los grupos, se van abriendo a las necesidades de la paz y a sus dificultades.

Es importante asociarlo al conocimiento de sí mismo y de la propia cultura. ¿Qué tengo de “integrador” y qué de “separador”? ¿Cómo es mi cultura, qué prejuicios tenemos? ¿Qué prácticas solidarias, saludables, ecológicas existen?

Casi todos los talleres se quedan en esta etapa de aproximación, la formación para la paz necesita llegar a la tercera etapa, la de integrarse al trabajo a favor de la paz y ella requiere el puente de la segunda fase, la adquisición del marco de referencia, del paradigma.

La segunda etapa, inseparable de la primera, es la aprehensión de un marco de referencia. No se trata de un “saber”, poder dar cuenta intelectual de algunas ideas. Se trata de hacerse cargo del paradigma de la paz, que implica no sólo ideas, sino una conciencia, un funcionar desde una perspectiva distinta.

Nuestra cultura no es pacifista. No integra. Está basada en los intereses, en los poderes, en competencias de las personas, las familias, los grupos, los países... No se trata de irse a una isla o a una montaña, o aislarse de las prácticas

dominantes; la conciencia pacifista implica un estar consciente, un “darse cuenta”, de esos cortes, de esas distancias.

Pensando en el campo de la educación, por ejemplo, se funciona desde el paradigma dominante cuando una profesora da tareas, reta a los niños, habla con los padres, sin “imaginarse”, sin ponerse en el caso de los niños o los padres, sin sentirse “parte de ellos”.

Asumir el paradigma de la paz es estar pre-ocupada(o) de los propios límites, tratar de estar permanentemente en diálogo, aprehendiendo el sentido de la integración.

La tercera etapa es la de la transformación de la pre-ocupación en ocupación. Se tiene conciencia, después de haber sido sensibilizado, de la necesidad de no identificarse totalmente con lo propio y, más allá de eso, de que se está en minoría, en una sociedad, un mundo no pacifista y... se buscan espacios para llegar a una cultura de la paz. En esta etapa se trata de abrir espacios, de sensibilizar a otros, de ayudar a que se aprehenda el paradigma paz-salud-ecología. Es por eso que se habla de una etapa operativa, que debiera durar toda la vida... En esta etapa siempre hay sensibilizaciones a nuevos temas relacionados con la paz, reforzamientos, ampliaciones del paradigma, nuevos cauces para trabajar.

4. Metodología Formativa

Insistiendo en que hay que ser pacifista entre los pacifistas y que no hay monopolios de la verdad, nos inclinamos por una metodología asociada al desarrollo personal, transdisciplinario.

La relación con el desarrollo personal es obvia desde el momento que la meta es operar desde un nuevo paradigma. El desarrollo tiene que ver con la conciencia y, en su base, con la identidad.

De lo que se trata es de ser capaz de integrar, de no ver los conflictos como absolutos. Para eso hay que desarrollar la conciencia hasta poder articular autonomía y participación.

Cada uno tiene que tener una cierta autonomía, sus vivencias, sus goces, pero, a la vez, asumirse como parte, no como separado, de los vecinos, los connacionales, los humanos, la naturaleza.

Vemos ese proceso como una verdadera investigación. ¿Cómo puedo avanzar? ¿Cuáles son mis obstáculos? ¿Cómo me evalúo?

Una investigación-acción personalizada, a la vez creativa, de búsqueda de los recursos siempre diferentes de persona a persona, de grupo a grupo.

Una investigación y una práctica creativa autónoma, pero con puentes con otros, con apertura a la comunicación, a la crítica, a la colaboración.

Distinguimos en la metodología la preparación específica y el espacio cotidiano abierto.

Llamamos preparación específica para el desarrollo personal (p.e.d.p.) a un conjunto de tareas, responsabilidades semiestructurales que se hacen con regularidad.

P.E.D.P.: Revisión Diaria
Comunicación Personalizada
Grupos de Crítica y Autocrítica

Se trata de establecer actividades periódicas individuales y, en lo posible, también con alguna relación significativa. Si existieran las condiciones, ello debiera conjugarse con una o más instancias grupales de crítica y autocrítica.

La revisión diaria personal se propone como un ejercicio permanente de psicohigiene. Tiene un fundamento de orden y limpieza, como el lavarse los dientes, y de “crecimiento”, como la gimnasia en el terreno físico.

En nuestra propuesta, a cierta hora, se hace un trabajo de desarrollo personal basado en lo acaecido en las últimas 24 horas. Los pasos son los siguientes:

a) Un estado de distensión, tranquilo.

b) Reconocer, descriptivamente, lo vivido en las últimas 24 horas; incluyendo lo que se ha hecho, lo que se ha sentido, lo que se cree que le ha pasado a los otros con quienes hemos estado interactuando.

c) Una autocrítica constructiva, lo pacífico y lo no pacífico que hemos hecho en este lapso.

d) Detenernos en los momentos afectivos más malos -angustia, rencor, depresión, rabia- que hemos tenido. Hacer una fantasía. Figurarse la situación en que estuvimos mal, por ejemplo una decepción con la conducta de alguien, cambiando solamente nuestro afecto, en el sentido de fantasear con que recibimos la decepción, en ese caso, o algún agravio o agresión, con un ánimo sereno. Lo único que se cambia en la imaginería es el ánimo, de uno malo, ocurrido en la realidad, a uno sereno, en la fantasía.

e) Tratar de recordar algún momento “alto” del día. Se consideran como tales no los meramente gratos. Son los llamados momentos “cumbres”, sueños interesantes, instancias de comunicación profunda, entusiasmos estéticos... ocasiones en que se está especialmente abierto y sintiendo la vida con elevación. Aquí en lugar de fantasear con el cambio, se procura

“quedarse” con el recuerdo, repetirlo, afianzarlo dentro de uno.

f) Pensar en las próximas 24 horas. Se visualiza lo que deberá hacerse, se anticipan problemas, emociones negativas, momentos altos.

g) Se hace un resumen mental de la revisión, es decir, de los pasos anteriores.

h) Se termina con una relajación de unos 10 minutos.

i) En otro momento del día se pasa a un cuaderno el resumen de la experiencia.

La propuesta de comunicación personalizada es de acordar con alguien cercano -pareja, amiga(o), familiar- el hacer encuentros regulares de “crecimiento compartido”. El objetivo es contarse lo importante para cada uno, acogerse y, al mismo tiempo, criticarse, en un proceso democrático, con igual derecho de tiempo, con estímulo a una progresiva transparencia y ahondamiento temático.

Es un espacio para jugar a la verdad, para construirse entre dos, o a veces es posible que sean tres o más personas, incluso que alguien tenga más de una instancia de trabajo con esta relación “testigo”.

Lamentablemente, suele ser difícil encontrar al menos una persona con quien se

pueda dar, con regularidad, con seriedad y con productividad esta instancia de comunicación profunda.

Aconsejamos hacer una sesión de comunicación una vez por semana, con toda la flexibilidad que, obviamente, exigen las dificultades para verse y las urgencias de las situaciones.

Los grupos de crítica y autocrítica son, en general, por supuesto, todavía menos seguros, menos a la mano de todos, que las propias relaciones comunicacionales.

Lo que se asume es que la formación pacifista tiene una traducción social, se actualiza en el vecindario, en los centros de trabajo, de recreación, de cultura. Lo que se plantea es intentar abrir espacios para el conocerse, el criticarse en forma constructiva, el participar.

Este es el ámbito que refleja más plenamente la tercera etapa formativa, en que, asumido el paradigma pacifista, se trabaja por la paz.

Fuera de la preparación específica para el desarrollo personal (p.e.d.p) está toda la riqueza de la vida cotidiana, las emociones, las comunicaciones, los trabajos, en que se da la dinámica de la vida. Ella es inseparable de la preparación. Es lo que le da sentido a la preparación.

Con frecuencia se olvida que hacer bien la revisión diaria y, a lo mejor, la comunicación personalizada y sesiones grupales de crítica, pierde sentido si no se es pacifista, integrador, en la familia, la calle, el trabajo o la recreación.

LA PAZ Y EL SENTIDO COMÚN

El Concepto de Paz

Partimos con las preguntas sobre el qué, el cómo, el para qué. Se tiende a confundir paz con ausencia de guerra. Con ironía, Bierce, en su ***Diccionario del Diablo*** define a la paz como un intervalo entre dos guerras. Así, se habla de países que están en paz porque entre ellos no se da una lucha armada, cualquiera que sea la relación establecida entre ellos. No importa la rivalidad económica, los espionajes, el mal trato a los ciudadanos del otro. Paz, incluso, si no hay relaciones diplomáticas. Esta es la noción negativa de paz, la que lleva al concepto de “paz de los cementerios”. Es la conocida referencia de Kant, en su texto ***La Paz Perpetua***, a un holandés que tenía un letrero en su hostería que decía “la paz perpetua”, debajo del cual se dibujaba un cementerio. La paz de la muerte, de la inmovilidad.

La introducción al imaginario colectivo de la idea fuerza de la no violencia activa ha ido dando las condiciones para que se pueda hablar de una paz con contenido, paz activa, creativa, sustentable, humanizadora... Paz con diversos adjetivos que van mostrando la orientación a ir más allá de la ausencia de guerra.

Es difícil avanzar más allá de la noción de paz con contenido, paz positiva, sin abordar su “para qué”, el trasfondo, por qué se es pacifista.

Las grandes alternativas cruzan dos variables entrelazadas entre sí: resguardarse de riesgos y daños; desarrollar determinados avances. Sigue dándose la pregunta “¿para qué defenderse o desarrollarse?”. Por allí entramos al tema del sentido. Valoramos la paz, valoramos la protección y el bienestar de los países y personas porque valoramos al ser humano.

¿Valoramos al ser humano? Ese es nuestro discurso, el de la democracia, el de los derechos humanos. El problema, la pregunta es hasta qué punto vivimos el valor de cada ser humano y de la humanidad como conjunto.

Los seres humanos realmente existentes, en general, somos predominantemente indiferentes a los otros seres humanos, a los otros seis mil millones de seres humanos. La mayoría matizamos este sentimiento general con una actitud positiva hacia algunos y un rechazo a otros. Partimos de un núcleo pequeño de personas que queremos hasta poder considerarlos nuestros semejantes; después vienen aquellos que nos despiertan simpatías, lealtades de creciente intensidad. Algo parecido pasa con los rechazos, la gama que va del posible odio a una vaga antipatía.

En el paradigma actual, predomina el individualismo y la adscripción a pequeños grupos. Carecemos de una conciencia de especie.

La paz está ligada a la conciencia humanista, a la valoración de cada uno de los seres humanos y de la humanidad en su conjunto.

En el siglo XX nos acercamos a esa conciencia a través de varios procesos culturales que influyeron, de alguna manera, en la apertura del imaginario colectivo, sin llegar a una conciencia de humanidad. Por un lado están los grandes procesos que involucraron a una parte importante de la humanidad, las dos guerras mundiales, la guerra fría, las grandes revoluciones, particularmente la soviética, y los conflictos emblemáticos como el fascismo, en general, España, Vietnam, Cuba y Chile, la descolonización, las migraciones. Luego, la evidencia de una explosión demográfica, una hiperurbanización y la emergencia de las grandes ciudades. La propia conciencia contenida en los movimientos pacifistas, ecologistas, feministas, de defensa de los derechos humanos. Los procesos de integración que han ido constituyendo bloques transnacionales, como la Unión Europea, Norte América, Mercosur, los países asiáticos. La salida al espacio y el interés creciente por la ciencia ficción. Finalmente, el más actual y obvio, la globalización con su ritmo acezante de

flujos de dinero, de comunicaciones cibernéticas, de viajes por el planeta.

El sentido común de la época está asociado a ésta, que es una expresión del capitalismo, con su lógica del individualismo, el mercado y la competencia.

La paz sustentable, asociada al desarrollo humano, a la evolución, requiere una transformación, un sentido común diferente. Esa es una tarea de educación. Pasará un tiempo antes que se incorpore a la educación formal. Por ahora es una tarea de los grupos formados por las minorías críticas autónomas, capaces de interactuar, de dialogar, de intentar influir a los susceptibles de acercarse a una cultura de la paz, la sustentabilidad, la equidad y el desarrollo personal.

En el centro de esa educación está el recordar a Gandhi con su planteamiento de que no hay un camino hacia la paz, la paz es el camino.

Es el camino de asumir un desarrollo para el ser humano, a la escala humana, de acuerdo a cómo es el ser humano

COMPROMISO CON LA NO VIOLENCIA ACTIVA

*diario La Nación,
12 de abril, 1991*

El impacto en la opinión pública del Informe de la Comisión de Verdad y Reconciliación abre la triple expectativa de facilitar la reconciliación nacional, integrar esfuerzos frente a la violencia delictiva y permitir que surjan condiciones para aprehender el sentido de la no violencia activa en todas las esferas de la vida.

Hay, hoy, un gran consenso, un momento de apertura de sensibilidades, en que participan cristianos y no cristianos, liberales y socialistas, ciudadanas y ciudadanos de diferentes medios económicos e inserciones sociales.

Como era previsible, no deja de haber renuentes, que no pueden, que se empeñan en no reconocer lo indesmentible. Sin embargo, la historia reciente de Alemania, Italia y España, después de sus períodos dictatoriales, muestra cómo la verdad se abre paso, con el tiempo, en círculos cada vez más amplios.

Como existen los nazis nostálgicos y los señores feudales y algún esclavista suspendido en el pasado, habrá, inevitablemente, por una o dos generaciones, cruzados implacables, idealizadores de la guerra de 17 años contra la supuesta encarnación del mal en los tres años de

la Unidad Popular, ajenos a la generosidad del diálogo y la reconciliación.

Sin perder esperanzas en la posibilidad de cambio en esta minoría aislada, interesa llevar los esfuerzos de los medios de comunicación hacia la gran mayoría. Hacia los que se abren a la verdad, valoran la comunicación, pueden dar y pedir perdón, están dispuestos a convivir y construir juntos.

Con ese ánimo y esa conciencia, cabe profundizar en el tema de la violencia, constatar la relación entre todos los tipos de violencia, la política, la económica, la delictiva, la de la casa, la de la escuela, la de la prensa o de la televisión.

La elaboración de lo que fueron las violaciones de los derechos humanos tiene que conducir a la afirmación del derecho a ser humano, a relacionarse en todos los ámbitos de la dignidad humana. Es el camino al que la evolución histórica ha dado el nombre de no violencia activa. La no violencia creadora, para la casa, la calle, el trabajo, la política y los medios de comunicación.

La actualidad agobiante del asalto y el robo, junto al penoso recuerdo -o reconocimiento- de los crímenes políticos recientes, merecen una gran respuesta, el asumir los conflictos y discrepancias sin aceptar verdades absolutas y adversarios absolutos.

Esa no violencia activa existe, pero hay que difundirla y darle oportunidades de crecer. Está en los vecindarios, en familias, en muchos medios sociales, en diversos aportes espirituales, científicos y artísticos. La no violencia activa debe ser noticia.

ENCUENTRO SOBRE LA PAZ CON JÓVENES PALESTINOS Y JUDÍOS

diciembre 2011

Empecemos por el principio... o tratemos de hacerlo, planteando la pregunta: ¿qué llamamos paz?

Uno, en general, tiene dos asociaciones.

Por un lado, ausencia de guerra; el “malo” de Ambroise Bierce dice en su *Diccionario del Diablo*: “Intervalo entre dos guerras”. Tiene algo de razón... Kant, en su libro *La Paz Perpetua*, nos hace una advertencia, recordando que había un hostelero holandés que tenía pintado un cementerio en el exterior de su local, y abajo el título: “La paz perpetua”. Es decir, algo se interpondría entre la vida humana y la paz.

Por otro lado, la visión positiva, con un contenido, la de la amistad de Said y Barenboim, la del concierto, la de la serenidad, la de los acuerdos para convivir, la de la armonía, la de la alegría, la de la amistad.

Utilicemos las dos acepciones; la amplia, la de la convivencia armoniosa, y la específica, de la no violencia.

Seamos claros: No estamos en eso en el mundo. No lo estamos entre palestinos e israelíes, ni entre iraníes y estadounidenses, ni entre chinos y tibetanos.

A pesar de ello... ¿la paz es posible? Todo lo que tengo que decir es sí, es posible, pero requiere un cambio de sentido común, un cambio de paradigma básico, y ello necesita de una transformación de conciencia. El desarrollo que ahora posee una minoría crítica innovadora, pero que no representa el sentir hegemónico.

No nos hagamos ilusiones, estamos en un mundo en que prevalece un estado de desarrollo humano en que no nos sentimos pertenecientes a una sola especie, humanidad, a un mundo, el planeta Tierra, parte integral del cosmos.

La historia y la psicología evolutiva nos muestran una evolución desde el estadio de vitalidad, sin la conciencia de un centro, del yo, hasta una posible conciencia de ser nosotros mismos, contar con un centro original y a la vez pertenecer a la humanidad, al universo, a la realidad, a un todo.

A medida que evolucionamos en nuestra conciencia de identidad, vamos incorporando estadios nuevos de involucramiento del yo: al principio somos un ente vital, un “en sí”, luego integramos esa dimensión a un primer “para sí” egocéntrico, con su “en sí-para sí”, después nos complejizamos, incorporamos la identificación con otros, conciencia “en sí-para sí-para otros”. Se le da la amplia denominación de conciencia

etnocéntrica, desde el sentir como semejante a la familia, los amigos, los de la misma fe política o espiritual, los del mismo país, los del mismo continente.

En eso estamos: el sentido común, el paradigma hegemónico, se sitúa en un “para sí-para otro” etnocéntrico. En su fondo está el autoritarismo de las jerarquías. La duda de Colón de si los pueblos originarios de América tenían alma. La larga duda acerca de si la mujer es tan humana como el varón.

Una minoría está en la conciencia de humanidad, de mundo. En Terencio y su “soy humano y nada de lo humano me es ajeno”. Otra, más pequeña, ya experiencia la unidad con lo humano y con el todo.

Nuestro tema es el sentido común. Habrá guerra en Afganistán, en Sudán, en Irán, es una posibilidad en Palestina e Israel, mientras no evolucionemos y la guerra llegue a ser algo tan marginal como es ahora la esclavitud. Estamos en una crisis evolutiva. El ser humano ha llegado a la Luna y al interior del átomo. Los desarrollos científicos tecnológicos ya cruzaron los límites de la ciencia ficción de no hace muchos años.

Por otra parte, hay violencia, hay guerra, hay tremendas desigualdades, hay pobreza económica y espiritual, hay una separación brutal

con la naturaleza, no conversamos sobre nuestra relación con lo trascendente, nos descalificamos mutuamente.

En medio de esta tensión, un gran ausente: nosotros mismos. El computador nos aleja de la conciencia. La certeza de lo que se puede y no se puede contar nos aparta del sentir profundo del diálogo. El último descubrimiento científico aumenta nuestras defensas ante la realidad de misterio, el misterio del ser, el misterio de nosotros mismos.

Los seres humanos, sumidos en el tener y el ser, en el rápido, maravilloso desarrollo que va de la caverna al rascacielo, de la piragua a la nave espacial, no hemos asumido nuestra condición de seres finitos, coexistentes.

Hay cuatro grandes temas que debieran estar en nuestra cotidianidad, en nuestro paradigma básico, en nuestra higiene, que son marginales dentro de nuestro sentido común hegemónico actual: nuestra identidad, los grandes planos de la realidad, nuestras necesidades-capacidades, el poder.

Es decir, la humanidad tiene la posibilidad de vivir en paz, una paz viva, no la del terror y el cementerio, si evoluciona, si se hace cargo de la coexistencia, de la identidad de pertenencia, del misterio, de las necesidades que no tienen satisfactor.

PALESTINA E ISRAEL, LA PAZ ES POSIBLE

*La paz es posible. La condición
es el cambio del sentido común,
de la convivencia y de la conciencia.*

*Encuentro en el
Museo de la Memoria
(29-8-2013)*

El título es una conclusión anunciada. La paz es posible si cambia el sentido común hegemónico y ello implica un proceso de desarrollo personal, grupal, de redes, de la educación, de la política. Un cambio de paradigma. Un tener en el centro la necesidad de llenar un gran vacío, el de reflexionar, sentir, aprender, dialogar, sobre el ser humano, sobre quiénes somos estos sujetos que hemos entrado en la era planetaria, estos seres complejos que ponemos un satélite en Marte y permitimos que una parte de la humanidad se muera de hambre y que siga en gran escala la producción y el comercio de armamentos.

La paz segura, la que llegue a estar tan afianzada en el sentido común como el rechazo del canibalismo, requiere una nueva política, una política más grande y profunda que la economía y los juegos de poder, una política del

ser humano en armonía con la naturaleza, en militancia en la vida.

Esa política se funda en la naturaleza del ser humano, inseparable de su contexto, de las muchas dimensiones de su ecología.

Es paz aplicada, asume que hay conflictos, que la paz debe ser cultivada, recuerda el relato de Kant sobre un hostelero holandés que tenía pintado un cementerio bajo el título irónico de “La paz perpetua”.

No, la paz es con vida, con conflictos, con una cultura hegemónica que aúne la ayuda mutua y la equidad con el respeto a las diferencias. La paz es práctica de la salud, vista en un sentido integral.

Trataremos de seguir mostrando los sesgos en que nos basamos para este marco referencial.

Primero, daremos unas viñetas, episodios, pequeñas experiencias que nos sirven de ilustración y anticipo de lo que deseamos expresar. Luego, vendrán unas notas sobre la situación, la crisis global. Finalmente, el desarrollo humano...

Algunas Viñetas Introductorias

Podemos ser Amigos

1948, plena guerra entre judíos y palestinos, conversamos tres grandes amigos, Samir Nazal, Alberto Rubio y yo. Se cruza un conocido. Pregunta con sorna: “Alberto, ¿estás de árbitro entre el turco y el judío?”. Contestación: “No, soy parte de un trío de grandes amigos”. Efectivamente, fuimos inseparables.

Si Es Especial... Debe Ser Judío

Estoy recién recibido de médico. Viene a verme un colega muy cercano. Lllaman la atención sus rasgos faciales bien típicos de los pueblos andinos. Mi abuelo está de visita. Es una persona muy bondadosa, muy cordial, especialmente cortés. Me llama la atención que permanezca cerca de nosotros mientras conversamos. Se va mi amigo. Comenta mi abuelo: “Es inteligente tu amigo”. Pregunta: “¿Es judío?”.

Compromiso y Exterioridad

1953, Festival de la Juventud en Bucarest, por la Paz y la Amistad. 32.000 delegados. Preside la delegación chilena José Tohá. Anima la alegría general Augusto Olivares. Homenajea a Rumania y su premier Petru Groza, llevándonos a cantar: “Don Pedro Aguirre Cerda y su distinguida esposa / que bien hubieran estado aquí con Petru Groza...”.

Gran fraternidad entre todas las delegaciones. Se anuncia el fin de la guerra en Corea. Profunda emoción. Empieza, en forma espontánea, un grito desde el fondo del ser, con treinta mil voces: “¡La paz en Vietnam, la paz en Vietnam!”. Se me acerca un delegado chileno. Un estudiante que estaba haciendo turismo en Europa y se infiltró en el Festival. Comenta: “¿Te das cuenta lo que hace el ritmo?”. Al lado nuestro se abrazaban un coreano y un norteamericano...

La Confianza

1972, estoy en un Congreso Internacional de Salud Mental en Jerusalén. Es el tiempo de la Unidad Popular. Traigo un trabajo sobre grupos de apoyo a la participación en salud en

Chile. Una delegada conservadora critica: “Eso es terreno para un demagogo”. Salgo a caminar por Jerusalén antiguo. Desde la ventana de un café, unos jóvenes me invitan a sentarme con ellos. Torpemente, no sé por qué, farfullo: “Yo soy judío”. Me contestan: “Ya, todos somos personas, de alguna parte... Tómese el cafecito, amigo, conversemos”.

Los Nacionalismos

Mi tío Abraham Drapkin, o Daróm, vivía en Israel. Había sido embajador y vicedirigente de relaciones exteriores. Él, sionista, yo no. Habíamos sido muy cercanos mientras permaneció en Chile. A pesar de la diferencia de edad, fue un puntal en mi formación, gracias a su trato de igual a igual.

Empiezan los acuerdos de Oslo y lo llamo para felicitarlo. “No”, me dice, “esto no va a resultar, son dos nacionalismos...”.

Son dos nacionalismos en la época de la globalización. La globalización económica, la globalización sin humanización. La globalización que no ha superado el nacionalismo, ni, mucho menos, su raíz autoritaria.

Cuando mi abuelo separaba a los judíos de los no judíos, cuando alguien duda de que

un palestino y un judío pueden ser muy amigos, cuando una persona no confía en la participación de la comunidad en tareas de salud, cuando dos pueblos no pueden dialogar, tenemos un problema de desarrollo humano. Rémoras consistentes en problemas de salud, en el sentido de la salud integral. Rémoras autoritarias.

En este momento, lo que vivimos es una crisis de época, de evolución. Una crisis de salud integral. Es la crisis de evolución que lleva a pensar en la crisis del desarrollo humano como tal.

Crisis que conduce a la consideración de la naturaleza humana. A la crisis constitutiva del ser humano.

Crisis por la tensión entre el desarrollo científico tecnológico, espectacular, a nivel utópico, al estilo de la ciencia ficción, en contraste con el desarrollo estagnado de la convivencia, de las conciencias, de los derechos humanos.

Crisis por enormes desigualdades, por pobreza económicas y pobreza espirituales, por violencia, por soledad, por ruptura con la naturaleza, por relaciones instrumentales y de explotación entre los seres humanos.

Crisis por la tensión entre el economismo individualista, frívolo, y los fundamentalismos dogmáticos.

Crisis por el debilitamiento de los referentes libertarios, sociales, y los espirituales tradicionales.

Crisis por la falta de conciencia generalizada de que estamos en una crisis de desarrollo humano, del derecho de los humanos a ser humanos.

Crisis porque han surgido diversas respuestas al economicismo y al fundamentalismo. Se dan, incipientes, plenos de diversidad, los primeros brotes, en distinto grado de maduración, de un nuevo paradigma cultural básico. Son movimientos culturales como los derechos humanos, el diálogo de culturas, el feminismo, la ecología...

Son porfiados trabajos sociales y comunitarios.

Son miradas científicas que se apartan del mecanicismo omnipresente, provenientes de la física, de la biología, de la psicología, de la epistemología.

Es la nueva e incipiente mirada paradigmática, la de la complejidad, la de la ecología integral, ambiental, social, subjetiva, la del amor y el desapego.

La nueva mirada es minoritaria y heterogénea, en el mundo y en Palestina e Israel. ¿Pueden entenderse estos vecinos?

¿Entenderse? Sí, por la vía de la negociación; sí, por la senda de los juegos de poder; sí, en forma pragmática.

¿Comprenderse? No, por ahora, desde la confianza, desde el diálogo de humanos a humanos.

¿Entonces? Por cierto, como podamos apoyemos la negociación, pro paz. Sin embargo, ella será un posible intervalo entre guerras, no será una realidad confiable, mientras no haya confianza para eso.

Necesitamos confianza de las minorías activas en el *WU CHI*, de los chinos. La amenaza, *Wu*, despierta la búsqueda de la salida, del *Chi*.

Necesitamos un cambio de paradigma, un cambio de conciencia, un cambio de sentido común. Es decir, dejar atrás el narcisismo, el individualismo, el economicismo, el nacionalismo. El autoritarismo.

Requerimos reivindicar la política, la política grande de promoción humana. De salud, en el sentido integral.

La política que entre en los laberintos de la situación humana, de los temas de la identidad existencial y la de la pertenencia, de la entrada a la intimidad y al multiverso, a lo poético y a lo prosaico, al amor y al desapego, la política que cuestiona el poder y al autoritarismo, la política de salud integral.

Una política, un camino hacia la paz con sentido antropológico, dialogando y superando el sentido común actual, integrando los derechos y responsabilidades humanas, las diversas ecologías, los distintos planos de lo que es el ser humano.

Educación para la paz practicando la paz, dialogando, entrando en los grandes temas del poder, del autoritarismo, de las necesidades humanas, de los derechos humanos, de los límites y las posibilidades humanas.

Ya se dijo: un aletear de mariposa en Chile puede despertar conciencia en muchas partes. Lo han demostrado Maturana y Varela, Gabriela Mistral y Pablo Neruda, nuestro desarrollo social hasta el 73, nuestro Frente Popular y nuestra Unidad Popular.

La idea es enriquecer la coexistencia, practicar la paz activa. Esa que enseñó Hölderlin al escribir: “Quien piensa lo más profundo, ama lo más vivo”.

Es un secreto a voces que lo más vivo es la paz y la amistad, su camino de hacerse cargo de lo humano, de plantearse una paz activa en que el hacer y el tener no nos alejen del ser, en que los roles no oculten la persona, en que coexista la ética y la estética, la eficiencia, el amor a la vida y la búsqueda de su sentido.

Una paz activa en que cada una, cada uno, entregue de acuerdo a sus capacidades y reciba de acuerdo a sus necesidades.

Por cierto, algo de eso ya pasa, en cierta medida, en Palestina e Israel.

Nos lo escribe hoy la chilena Andrea Marcovitz, pacifista residente en Israel, que educa con unos muñecos, partiendo de un kibutz, y, ahora, acude, en son de trabajo voluntario, a un hospital que atiende refugiados de Siria.

Dice Andrea: “Han pasado cosas fuertes estos días en Israel; el lunes volvíamos a visitar el hospital donde están niños de Siria, fue fuerte enterarnos que una pequeña había regresado a Siria... quién sabe qué será de su vida... Mis muñecos con pena saludaban a otros nuevos pequeños heridos que apenas alcanzaban ante su frágil dolor físico a sonreír...”.

Es la mirada humana inseparable del sentido de misión. Lo ejemplifica la visión, la sensibilidad de la poeta palestina Rafeef Ziadah:

VEO LO QUE DESEO

Rafeef Ziadah

Miro hacia atrás esta noche
en las hojas de los árboles
y en las hojas de la vida.
Contemplo la memoria del agua
y la memoria de la arena.
No percibo esta noche
sino el final de esta noche,
sonidos del reloj que roen mi vida
segundo a segundo
y reducen la vida de la noche.
No queda de la noche ni de mí
tiempo en el que combatir,
pero la noche regresa a su noche
y yo caigo en la fosa de esta sombra.

La vida de la noche, el dolor que apenas
nos deja sonreír... son partes del ser, del terreno
último y el visible de la existencia, de la gratitud
por la existencia que llama a la paz.

EL REGALO DEL SER

Luis Weinstein

Los humanos no abrimos el regalo del ser.
El ser no termina de abrirnos su regalo.
El ser es un regalo que no termina de abrirse.

El regalo del ser no termina de abrirse:
necesita más mágico el azulear de la vida
y a la historia brincando
como pájaro hacia sueños.

El regalo del ser no termina de abrirse:
nos embriaga la suculencia del día,
huimos ateridos del fulgor de la noche

El regalo del ser no terminará de abrirse,
aunque atisben jirones de sonrisas en luna
y la sombra del sol pestañee ciertas almas.

Al regalo del ser lo rodean ausencias:
un hacer sideral desborda miradas,
el tener perturba el corazón del infinito.

El regalo del ser da migas de aurora,
guías en laberintos de crepúsculos eternos.

Hijos del misterio,
también somos misterio:
del regalo es parte la familiaridad.

La tea del misterio se enciende,
más allá, incluso, del azul y de las flores,
con presencia de gratitud.

Laberinto entre el nacer y el morir,
entre misterio y naturalidad, gratitud
poniendo granos de aurora al regalo del ser.

ÍNDICE

Introducción	5
La Paz y el Complejo del Caos	15
La Paz Como Práctica de la Salud Integral	29
Formándonos Para Educar Para la Paz	53
La Paz y el Sentido Común	65
Compromiso con la No Violencia Activa	69
Encuentro Sobre la Paz con Jóvenes	
Palestinos y Judíos	73
Palestina e Israel, la Paz es Posible	77

Este libro se terminó de imprimir
durante octubre de 2014,
en El Quisco, Chile.

¿QUÉ ENTENDEMOS POR PAZ?

SE NOS HA DICHO QUE NO ES LA SIMPLE AUSENCIA DE GUERRA. ELLO ES REAL, LOS MUERTOS NO ESTÁN EN GUERRA, PERO NOSOTROS NO ESTAMOS HABLANDO DE ESA PAZ, LA PAZ DE LOS CEMENTERIOS, DE ESA PAZ QUE ANIDA EN LA FALTA DE MOVIMIENTO, DE CONFLICTO, DE CREACIÓN, DE VIDA, DE RESPONSABILIDAD, DE COMPROMISO...

HABLÁBAMOS DE LA PAZ COTIDIANA Y YO ENTIENDO ESA PAZ COTIDIANA COMO PARTE DE UN PROCESO, DE UN GRAN PROCESO COLECTIVO POR EL CUAL LA HUMANIDAD SE VA HACIENDO A SÍ MISMA, DIFICULTOSAMENTE, A VECES TRÁGICAMENTE. CON GRANDES RIESGOS, COMO AHORA. DESDE ESE PUNTO DE VISTA, PAZ ES CREATIVIDAD, ES CREATIVIDAD COLECTIVA, ES CREATIVIDAD EN SINERGIA DE PERSONAS, GRUPOS Y SOCIEDADES, CREATIVIDAD SOCIAL, SALUD INTEGRAL.

LUIS WEINSTEIN



Ediciones
Tralcamahuida